Jerusalén es una de esas pocas ciudades que existen en el mundo que nunca decepcionan al visitante. Sólo la Ciudad Vieja, encerrada por las murallas de Saladino, guarda tal cantidad de tesoros que únicamente enumerarlos llevaría mas espacio que el disponible en este reportaje. Porque, además, lo que Jerusalén ofrece trasciende de la propia consideración de sus monumentos, tomados individualmente.

JERUSALÉN:
TRES VECES SANTA

En Jerusalén, un poco al Norte de los profundos desiertos del

Negeb y Judea, un poco al Sur de los fértiles valles del Jordán y Galilea, en el centro de la tierra disputada por mas tiempo y con mas ahínco de toda la historia, conviven -sin armonía, pero conviven- las tres religiones modernas del Mediterráneo. Judíos, musulmanes y cristianos la consideran ciudad santa entre las santas. Y si hoy queda en las manos políticas del Estado de Israel, las otras dos confesiones del mismo Dios siguen manteniéndola en su corazón -con mayor o menor virulencia-

acariciando la idea de poseerla nuevamente. Por eso, la historia de Jerusalén está plagada de cambios de dueño. Por eso, el devenir histórico de esta ciudad ha soportado y soporta todas las turbulencias que conmueven o han conmovido el mundo mediterráneo.

Para los cristianos, es el lugar donde Jesús recibió su dosis terrenal de martirio, donde predicó e intentó culminar su obra mesiánica. Para los judíos, es su capital histórica, el emplazamiento del Templo de los templos, el mas sagrado de los lugares. Para los musulmanes, Jerusalén es el punto de partida del viaje nocturno de Mahoma y cuenta con un importante papel en el misticismo islámico... En su ascensión a los cielos, desde el Monte del Templo, Mahoma intentó fundir en una sola doctrina a judíos, cristianos y musulmanes, reuniéndose con Abraham que importó su dios desde la lejana Sumeria, con Moisés que lo rescató del suelo egipcio, y con Jesús que fijó su imagen y su doctrina. Oraron juntos, por una vez. Y ahí acabó todo. Y así sigue todo en Jerusalén: con judíos, musulmanes y cristianos permanentemente de espaldas.

Pero la historia de la ciudad, plagada de revueltas, destrucciones y muerte, quiere también hacer causa con su nombre de

"santa" (Yerushalayim en hebreo, El Khudz en rabe). Por ello, desde sus comienzos como aldea jebusea hace 4.000 años, distintos episodios

acaecídos en su emplazamiento hablan de concordia y entendimiento. Cuando David trajo a Jerusalén el Arca de la Alianza, reunió en un sólo reino las doce tribus dispersas de Israel. Pompeyo conquistó para Roma la ciudad, pero nombró un gobernador judío intentando obviar problemas con los primitivos habitantes del lugar. Los primeros califas islámicos dictaron un estatuto especial de ciudad protegida para los peregrinos de las tres religiones. Saladino autorizó a musulmanes, judíos y cristianos a establecerse en la ciudad. En 1.856, el sultán turco, publicó el Edicto de Tolerancia para todas las religiones... Lástima que entre estos episodios de flexibilidad no existan mas que escenas de odios y luchas permanentes que alcanzan hasta nuestros días. En mi última visita a la ciudad, el "Jerusalen Post" anunciaba los graves disturbios del día anterior en la Ciudad Vieja, con su saldo de muertos y detenidos: Toda la historia de la ciudad resumida en un titular de primera página.

Y, a pesar de todo ello -o, quizás, por todo ello-, Jerusalén es, de entre todas las ciudades del mundo, la que mas fascinación ejerce sobre el viajero, cualquiera que sea su credo, no importa su origen. Y quizás, también la mas hermosa.

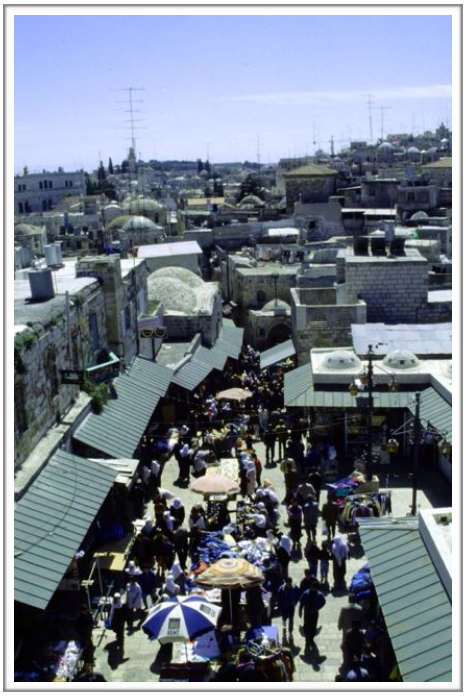
La visita que propongo de la Ciudad Vieja debe partir, como primera aproximación, tomando las estrechas escaleras que parten a la izquierda de la Puerta de Jaffa y ascienden a las murallas. Estas imponentes masas de piedra son las que se construyeron por orden de Solimán el Magnífico entre 1.537 y 1.542. Originalmente debían incluir en el recinto el Monte Sión, pero la falta de presupuesto dejó este lugar sagrado fuera, lo que encolerizó sobremanera a Solimán quien, por esta razón, mandó decapitar a los arquitectos, puesto que, en su idea de abrazar a todas las religiones de la ciudad por igual, no podía consentir que ninguna zona santa quedase marginada. En fin: intentaba llegar a la tolerancia desde la intolerancia.

Por el borde de las murallas se puede contornear mas de media ciudad. Y es un excelente modo de sentir las vibraciones que fluyen de ella. Fuera de las murallas, el tráfico intenso, el caos del asfalto, un mundo que se mueve con prisas entre bocinazos y gritos. Dentro de las murallas, el gris recoleto, cubierto de cúpulas y antenas de TV, en insólita mescolanza.

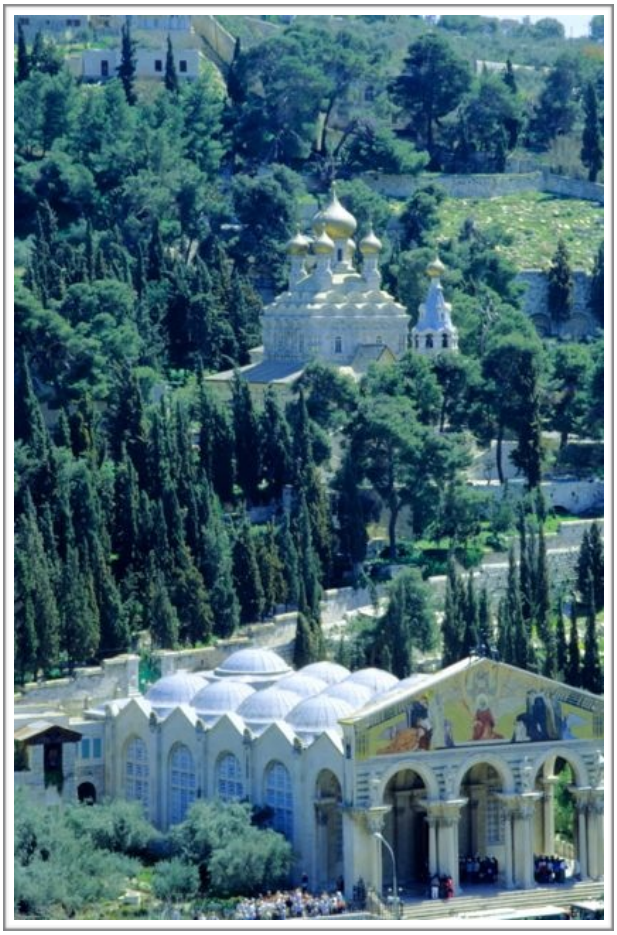
Pero lo mejor es que, caminando por las murallas, aún se puede vivir la visita en solitario, porque la mayor parte de los turistas rechazan la posibilidad de recorrerlas. Y, con ello, pierden las sensaciones únicas que no puede ofrecer el nivel de calle: contemplar Jerusalén desde el recogimiento y el paso pausado, sin los agobios que se producen unos metros mas abajo.

De tramo en tramo, se observan calles estrechas y rectilíneas, apenas transitadas. Niños que juegan con una pelota de trapo, ajenos a la historia y a los conflictos de los mayores. Una

mujer árabe embarazada que se cruza con un judío ultraortodoxo, luciendo sus cómicos tirabuzones. Y, llegando a la Puerta de Damasco, la avalancha de visitantes que acceden al interior de la Ciudad Vieja atravesando los innumerables puestos de baratijas; un espectáculo que, visto desde lo alto de las murallas, semeja un río tumultuoso, abriíndose paso entre los escollos de la rivera. El rumor de visitantes y vendedores, en mil lenguas, sube hasta el techo de la Puerta.



Mas adelante, en otro recodo de soledad, aparece el Monte de los Olivos, y el huerto de Getsemaní con sus tres iglesias. De entre ellas, capta inmediatamente la atención la delicada capilla de María Magdalena: Sus formas voluptuosas y suaves, sugieren -de forma premeditada o no- las de la mujer a quien está dedicada.



Cierra el recorrido por las murallas la llegada al Monte del Templo.

Descendiendo hacia la

realidad, dejando el nimbo de las murallas, se llega a la vía Dolorosa. Imaginarios o reales sucesos en el camino de Jesús hacia el Calvario quedan reflejados en mármol en las paredes. Iglesias pertenecientes a las distintas liturgias cristianas conmemoran cada uno de estos episodios. Personalmente, de todas estas Iglesias de Jerusalén, me impresiona de un modo especial la del Santo Sepulcro. Exteriormente, es pesada y maciza. En el interior, el ambiente austero, lóbrego y oscuro, concuerda perfectamente con lo que quiere representar: un lugar donde se conmemora la muerte.

El mito, la leyenda, la voz oculta de la Humanidad surge a cada paso en Jerusalén, pero se sublima en el Monte del Templo. Esta pequeña elevación quiere ser el lugar en que Abraham ofreció el sacrificio de su hijo al dios familiar que le acompañaba desde la lejana Caldea; también aspira a ser el primer sitio que vio la luz que brotó de Dios, en ocasión de la Creación; por último, Mahoma inició aquí su viaje nocturno, ya comentado. Es, pues, el sancta sanctorum de la Ciudad Santa. Su mas emblemático monumento, la Cúpula de la Roca, situado sobre el lugar donde se supone que estaba el primitivo Templo, se encuentra en casi permanente restauración.

A los pies del Monte del Templo, se encuentra el Muro Oeste, el Muro de las

Lamentaciones.

Cada vez que visito este lugar me ocurre lo mismo. Es un sentimiento entre respetuoso y divertido ante el espectáculo que ofrecen algunos judíos ultraortodoxos, con sus movimientos espasmódicos, su caminar marcha atrás, su dialogo con las piedras del muro, desde sus trajes negros, sombreros de ala ancha y coquetos tirabuzones cayéndoles a cada lado de la cara.

De vuelta hacia la Puerta de Jaffa, se atraviesa el Jerusalén cotidiano, aunque, la afluencia masiva de turistas, moviliza un no menos nutrido batallón de vendedores de souvenirs.

Pero, antes de franquear la Puerta de Jaffa y abandonar definitivamente la Ciudad Vieja, conviene echar un somero vistazo a la Ciudadela, un invencible baluarte defensivo, inútil para la defensa, como todos los invencibles baluartes defensivos de la historia.

Antonio Fuster Juárez.

INFORMACIONES PRACTICAS

COMO LLEGAR:

Hay, al menos tres vuelos semanales directos desde Madrid o Barcelona hasta el Aeropuerto Internacional Ben Gurión, a unos 50 Kilómetros de Jerusalén. Taxis privados, comunes o autobuses te llevarán hasta la ciudad.

Si quieres llegar con tu coche (Israel es un país bastante práctico para recorrer en automóvil), no te quedan mas opciones que entrar desde Egipto o tomar el Ferry que parte de El Pireo, con destino en Haifa (muy recomendable). Por supuesto es mucho más fácil y barato alquilar un vehículo.

FORMALIDADES ADUANERAS:

Si accedes al país por vía aérea, no encontrarás serios problemas. Los europeos (con billete de vuelta, eso sí) son bien recibidos en Israel.

En coche, sobre todo si accedes desde Egipto, un amable policía de seguridad te freirá a preguntas sobre tus contactos en el país del Nilo. Pero no te asustes: los guardias fronterizos son extremadamente eficientes y no te causarán mas complicaciones que las que tú quieras buscarte. Ni siquiera te abrirán las maletas: simplemente te harán pasar hasta el último bulto que transportes por una máquina de rayos "X", como la de los aeropuertos, pero mayor. Limpio y eficaz.

HOSTELERIA:

Los mejores hoteles de Jerusalén están fuera de los muros de la Ciudad Antigua. La oferta es impresionante y recorre toda la escala de precios, desde los Bed and Breakfast, hasta los lujosos hoteles de cinco estrellas. Te recomiendo -si puedes pagarlo y a pesar de su nombre- el American Colony Hotel, en Jerusalén Este. Se trata de la antigua residencia de un Pachá donde uno se puede sentir como si tal personaje fuera.

En cuanto a comida, dada la mescolanza de gentes que habitan Jerusalén, encontrarás de todo. En la Ciudad Vieja, nada mas traspasar la Puerta de Jaffa tienes el Restaurante Abu Seif, con excelentes platos tradicionales del Medio Oriente. Muy bueno y no demasiado caro.